

- ROS. Y la mía que lo que seguido se sueña llega á ser verdad.
- EUL. Si no hubiese acudido á la fontana. *(La interrumpe la entrada del Rey con su corte, la Princesa al lado del Monarca, quien demuestra en sus actos y palabras, cierta distracción.)*
- REY. Perded cuidado; vuestros deseos serán cumplidos. ¡Canciller!
- CAN. ¡Señor!
- REY. Los edictos que debo firmar, ¿los tenéis preparados?
- CAN. Preparados están, Majestad.
- REY. Está bien. A todos los reos de muerte indulto.
- CAN. ¡Dios premie vuestra noble acción!
- GRA. Gracias, Señor, por favor tan insigne.
- REY. *(A los cortesanos)* ¿Qué os parece vuestra futura Reina?
- FAB. Es de la más exquisita hermosura y digna de vuestra real mano.
- REY. Sí, es hermosa.
- FAB. ¡Que sea vuestra la dicha más completa de la tierra!
- REY. ¿Qué decís?
- FAB. Que Dios haga felices á vuestras Majestades.
- REY. ¡A mí. . . feliz! ¡Ah! por supuesto, así lo esperamos. Podéis retiraros. *(Vânse todos admirados de tan brusca despedida.)*
Hénos á solas al fin, bella prima. *(Una pausa.)* Sois muy hermosa, á fe mía.
- GRA. Y vos, á fe mía, muy galán.
- REY. ¿Recordáis, cuando de niños, jugábamos juntos? ¡Quién nos dijera entonces que algún día juntaríanse nuestras vidas!
- GRA. ¡Cuán lejos están esos días!
- REY. ¡Ah, prima, cuán lejos están! Mas recuerdo que Leonardo era el favorito de vuestra edad temprana. Y teníais muy sobrada razón. La flor abre sus pétalos á la luz de la mañana, y los cierra al caer la sombra de la noche. . . . Sí, Leonardo era luz, yo era sombra; lo he sido siempre. Distracción y melancolía, esas son mis eternas compañeras.
- GRA. No digáis eso. Es natural que las cosas del Estado os preocupen; la alegría y la preocupación deben alternar en vuestra mente, como en el mundo alternan la noche y el día, la luna y el sol.
- REY. Mas también vuestro rostro, Graciela, revela cierta sombra de tristeza. ¿Será quizá reflejo de la tristeza mía?
- GRA. No, Señor. ¿Qué más puedo ambicionar que ser vuestra esposa y compartir vuestra corona? Es cierto que temo ocupar lugar tan encumbrado.
- REY. ¡Oh, dulce Graciela! ¡Cuánta miel hay en vuestros labios, cuánta luz en vuestros ojos! Ya habéis visto con qué intusiasmo fuisteis recibida aquí. Si tan grande fué en este pequeño lugar, ¡cuál no será en la Capital!
- GRA. Estoy en verdad agradecida por bienvenida tan cordial!
- REY. Por todos lados se oyen alabanzas de vuestra belleza, belleza que no es más que espejo de vuestra alma. Seréis digna Reina de este hermoso país, porque nuestra Patria es hermosa, ¿no encontráis, Graciela?
- GRA. Es privilegiada de Dios.
(Han ido acercándose á la terraza desde la cual admiran el paisaje.)
- REY. *(Con entusiasmo.)* Sus lagos, montañas y vallados forman bellísimo conjunto. Aquello que véis blanquear á lo lejos, esa es la Capital.
- GRA. ¡Cuán pintoresca parece ser esa sierra que se divisa allí!